

EL VIAJE DE LORNA

Lorna estaba a punto de darse a conocer. Bueno, a punto no, le quedaba un largo viaje por recorrer. Debía coger el tren y dirigirse a Órzam, la ciudad de la música. Lorna tocaba el chelo, con pasión, día tras día, y pensó que ya era el momento de salir de casa.

Preparó lo necesario para el viaje. Su gato despertó de repente. Era un gato negro, con el pelo brillante y pupilas dilatadas, que siempre mostraba una mirada interesante y profunda, como si de un momento a otro te fuera a hablar. La siguió hasta el vallado del jardín, cuando Lorna se giró.

—¡Marfil, vete, vuelve a dentro! — y Marfil, como de costumbre, ignoró las órdenes de su dueña, quien tuvo que aceptarlo como compañero de viaje.

Otra carga, pensó Lorna, que ya tenía suficiente con su chelo, metido en un estuche enorme que debía transportar en su espalda, a la que daba constantes dolores. Además le hacía rozaduras en los hombros con las anillas de los tirantes poco acolchados.

Lorna era flaca de cuerpo, de piel pálida y pecosa, con ojos color ámbar y labios finos. El cabello lo tenía liso de un castaño claro, siempre recogido con una cinta de tela a lo bajo. Ella nunca vestía vestidos ni faldas, ya que eran incómodas para tocar sentada, así que llevaba petos. Aquel día llevaba un peto beige holgado de tela fina desprendiendo un olor a nuez con miel, dulce y agradable.

Callejeó con su gato por las aceras de su pueblo, camino de la estación, fijándose en cada persona que pasaba a su lado. Observaba los rostros, ojos grandes, nariz torcida, mandíbula ancha u ojos claros, las formas de vestir, de caminar, de hablar, de mirar. Para ella eso era un pasatiempo.

Llegó a la vía central del pueblo, la siguió por un costado hasta llegar a la estación de tren que tanto deseaba.

Aquella estación era antigua y se veía vieja. El andén era de madera con tres bancos expuestos al sol. Lorna se sentó en uno de ellos, agotada de caminar, y sintió un ardor en sus piernas, el banco quemaba. Pero se aguantó las ganas de levantarse y cogió por las axilas a Marfil y se lo tumbó en su regazo. Miró al frente y vio la vía del tren a poco menos de un metro abajo. Detrás y a lo lejos el panorama era seco y cálido, y la vía se desvanecía hasta donde la vista alcanzaba.

Todo vacío, el pueblo se había quedado atrás, y el aire estaba quieto. Se divisaban extensos campos de trigo dorados y sedientos.

Esperó cerca de media hora a que el tren llegara. Vio una columna de humo negro que se acercaba rápidamente. El chirrido que hizo el tren al frenar resonó en el vacío. Después de un soplido de vapor se detuvo, pero no se abrieron las puertas y nadie salió excepto un hombre. Era el revisor y se dirigió a Lorna.

—Buenos días, joven— su mirada recorrió el cuerpo de ella —¿se dirige a Órzam? —

—Sí

—Doce dólares, por favor— el revisor extendió la mano hacia Lorna y ella le dio los doce dólares, no se preocupaba por el dinero, tenía suficiente, y al llegar a la ciudad tenía pensado conseguir más. —¿perdone, va a entrar con eso? — dijo señalando al chelo, apoyado al lado de Lorna

—Sí— respondió y asintió poniendo una mano sobre la funda.

—Pues deberá pagar otro billete, señorita, el cacharro ocupa un asiento— y razón tenía, Lorna no viajaba sola, viajaba con el chelo y con Marfil, que se había escondido detrás de la funda.

Entró al vagón que tenía enfrente, pintado de un granate oxidado, seguida del revisor que ordenó que cerraran las puertas mediante gritos. El interior del tren era agobiante, estrecho de paredes y hacía un calor sofocante. Nada más al entrar, gotas de sudor chorrearon de la frente de Lorna, y ella al notarlo lo primero que pensó fue “ahora las cuerdas se destensarán y estará todo un tono más bajo”.

En el vagón no había completamente nadie, así que la chelista se sentó en el primer asiento que encontró, cogió otra vez al gato por las axilas y lo metió en la bolsa de tela que llevaba, para evitar que alguno de los guardias del tren lo vieran.

El tren comenzó la marcha con un traqueteo, y el paisaje se movía cada vez más rápido por la ventana.

Esperó y esperó a que anunciaran que ya habían llegado a Órzam, pero eso no ocurría, por lo tanto, se quedó inmóvil. Se aburría, el vagón permanecía casi siempre vacío. El tren paraba cada poco en distintos pueblos casi deshabitados y alguna persona subía o bajaba.

Así que sin tener nada que hacer, se dispuso a tocar. Abrió la funda del chelo, sacó el arco, lo tensó y le frotó ligeramente una pieza de resina, lo apoyó sobre el asiento de enfrente y desabrochó las cintas que protegían los movimientos del instrumento. Sacó el chelo y Marfil se metió dentro de la funda forrada de terciopelo a acurrucarse.

Recogió el arco, subió la pica y tocó. Tocó cualquier pieza o sonata que la animaran. De Boccherini o Schubert.

Y por alguna razón encantó. Nuevos pasajeros entraron en los vagones y poco a poco los asientos se fueron rellenando. Lorna seguía tocando, ahora Mozart o Bach. Todos hipnotizados por la música, el vibrar de las cuerdas, se quedaron mirando a la intérprete. —“Pasajeros del tren, en breves momentos llegaremos a Órzam”— interrumpió el revisor. Lorna paró el arco y les devolvió una mirada sonriendo a todos, no recibió ningún aplauso pero al menos la habían escuchado. Atravesó el vagón para dirigirse a la puerta, finalmente había llegado a Órzam. A medida que caminaba entre los asientos, los pasajeros le iban dejando unas monedas en la bolsa que llevaba de lado.

—¡Espere, señorita! — el revisor corrió por los vagones hacia Lorna —nunca habíamos tenido tantos pasajeros desde que usted llegó, su música nos ha encantado. Por favor, ¿le gustaría viajar con nosotros?

Lorna no supo qué hacer, por una parte deseaba ir a Órzam, la ciudad de la música, donde quería convertirse en una famosa chelista. Pero estaba el tren, donde los viajeros la miraban a los ojos con expresión suplicante. Necesitaban la música.

Lorna miró a Marfil, quien saltó de la bolsa y se tumbó plácidamente en uno de los asientos. El gato la miró con sus profundos y oscuros ojos. Entonces Lorna comprendió que debía quedarse en aquel tren. Cruzando el país y haciendo disfrutar a los pasajeros con la música. Convirtiendo el paisaje desolado en algo más vivo.

Lorna perduró en la memoria de todos los viajeros que durante años y años tomaron aquel tren, pues nunca dejaron de maravillarse de aquella pequeña chelista que viajaba con su gato.